

A MENOS DE DIEZ CENTÍMETROS

A veces le escuchaba llorar en sueños. Un llanto ahogado que le rasgaba hasta las entrañas hacía que se despertase dando un salto de la cama, sudorosa, desorientada. Luego se asomaba a la cuna que situaba cada noche a su lado y descubría que su bebé estaba tranquilo, que no se había movido. Le observaba durante unos minutos, suspiraba aliviada y volvía al lecho con una sonrisa infantil y negando con la cabeza.

Tenía miedo de no ser una buena madre. Temía que el cansancio propio de la maternidad le sumiese en un sueño tan profundo que fuese incapaz de escuchar si su bebé reclamaba sus cuidados. Ser madre y padre a la vez era aún más agotador, y así se lo había imaginado desde el principio, desde el día en que había decidido explorar la maternidad en soledad, desde la primera inseminación artificial. Habían hecho falta dos inseminaciones más y una fecundación in vitro para conseguir el embarazo. Y aunque su madre se había ofrecido a acompañarla en las primeras semanas de vida de su hijo, había preferido acostumbrarse a su bebé desde el principio, y vivir la experiencia sin factores amortiguadores.

Quizá era precisamente su cansancio y el rostro demacrado, teñido por el gris ceniza que hacía sombra a sus ojos, lo que le hacía sentir que sus vecinas la miraban con verdadera lástima. Las veía cuchichear a su paso, mirándola de reojo y con la expresión del dolor y la resignación. Se asomaban al carro mientras cruzaban las manos sobre el pecho aproximando los bordes de sus chaquetas de punto, como si el frío acudiese de repente a sus entumecidos cuerpos. Ella las observaba con los ojos entrecerrados y exhalando un suspiro.

Sabía que el hecho de que su hijo hubiese nacido prematuro tenía mucho que ver en la actitud de sus vecinas. Durante semanas había percibido la compasión de aquellas mujeres que siempre pensaron que el bebé jamás llegaría a pisar aquel portal. Durante días escuchó unas palabras que, lejos de animarla y tranquilizarla, le hacían ver la tormenta que atravesaba aún más oscura, más larga, más intensa. Durante horas vislumbró sus manos envueltas en otras manos que trataban de arroparla, pero cuyo contacto se le antojaba tan frío como una llave antigua en la puerta de un sótano.

Cada mañana despertaba a su bebé, le ponía al pecho y disfrutaba con la sensación de aquella caricia tan íntima, tan deseada en las primeras semanas de vida de su hijo. Habían pasado más de dos meses antes de que pudiese hacer aquel gesto que ahora le resultaba tan cotidiano y a la vez tan mágico y hermoso. Ver las pequeñas gotas de leche resbalar por los labios de su hijo le enternecía. Le limpiaba las comisuras con la muselina con toda la suavidad con la que era capaz, para después limpiar el pezón del que seguía brotando sin contención el líquido blanco que tanto le había costado conseguir.

Después le vestía con esmero, cuidando hasta el más mínimo detalle. Cada día elegía para él un traje que había lavado y planchado para que quedase impoluto. Peinaba con cariño sus finos cabellos y le besaba en la cabeza antes de tumbarle en el capazo. Andrés, con sus ojitos cerrados y su boca entreabierta, simplemente se dejaba hacer. Era un bebé muy bueno, no lloraba nunca. Quizá todo le parecía maravilloso, pensaba ella, en comparación con lo que había sufrido en aquella unidad de cuidados intensivos neonatales. Cables y vías por todos lados, ahora analítica, ahora cambio de sonda, ahora aspiración... Y aunque las enfermeras le habían tratado con todo su cariño, las técnicas eran imposibles de evitar y el dolor estaba presente en cada una

de ellas. A pesar de que siempre intentaban reducir las molestias realizándole las técnicas más dolorosas mientras practicaba con su madre el método madre-canguro, ella sabía que era una forma de reducir el dolor, pero no de eliminarlo por completo. Había sufrido día y noche por su bebé, con la incertidumbre de un futuro que no alcanzaba ni a imaginar. Quizá esa era la razón por la que ahora, al observar a su bebé, veía a un niño feliz, con una expresión serena en la carita.

Aquella mañana era especial, diferente. Lorena había tenido que madrugar más de lo habitual. Cuando abrió los ojos, el sol apenas asomaba unos tímidos rayos sobre el horizonte, teñido por el dulce tono ocre del otoño. Sentía cierto nerviosismo que era incapaz de controlar. Aquel día sin duda iba a cambiar su vida, o así lo intuía ella: iba a asistir a una rueda de reconocimiento. Y aunque su corazón se aceleraba solo de pensar en volver a ver a aquel hombre, en el fondo lo único que deseaba era justicia. Justicia de verdad.

Pensó en dejar a su bebé al cuidado de alguien, pues una dependencia policial no era precisamente el mejor lugar para un niño tan pequeño. Pero barajando las posibilidades de las que disponía, ninguna le convenció. Su madre vivía en otra ciudad, sus amigas trabajaban, y las vecinas... en esas no confiaba en absoluto.

Caminaba deprisa, a pesar de que aún quedaba mucho tiempo para la hora convenida. Tan solo había visto las ruedas de reconocimiento en las películas, y era algo que siempre le erizaba el vello. Volver a encontrarse con la persona que tanto daño les había causado a los protagonistas era una parte crucial de los largometrajes. Ese cristal que solo permitía la visión en un sentido, siempre el policía pidiendo calma a la víctima, siempre el supuesto condenado con la mirada agresiva. ¿Sería igual en

realidad? Su abogado le había dicho que estos procesos no siempre eran tenidos en cuenta por el juez como prueba incriminatoria, pero en su caso parecía evidente, puesto que había estado a menos de diez centímetros del acusado.

Mientras su silueta empujando el carrito se reflejaba distorsionada en los escaparates, comenzó a recordar de nuevo el aciago día. Recordó su visita al banco, donde llevaba años sin acudir, puesto que con la aplicación móvil se manejaba a la perfección. Pero cuando se trataba de tema de firmas no había más remedio que hacer el trámite presencialmente. El bebé apenas llevaba cinco días en casa, y tras más de dos meses de idas y venidas al hospital sin tener tiempo para nada que no fuese permanecer a su lado, no podía demorar más la diligencia.

Acudió a su mente cómo, de repente, se escuchó el grito de “¡que nadie se mueva!”, proveniente de una zona cercana a la puerta. Cómo se giró para descubrir a tres hombres encapuchados que les amenazaban a punta de pistola. Coger a su bebé que descansaba en el carrito fue un acto reflejo. Lo apretó contra sí en un afán innato de protegerlo, como una leona que ve peligrar la vida de sus crías. Andrés comenzó a llorar debido al sobresalto, y todas las miradas se volvieron hacia ellos. Pudo ver el odio en los ojos de uno de los asaltantes, que le ordenaba que mandase callar al niño o no respondía de sus actos. Gritos de horror se escucharon por toda la sala, lo que no hizo sino poner más nerviosos a aquellos tres hombres. Mientras pedían el dinero a los trabajadores, el hombre de ojos verdes no le quitaba la vista de encima a ella y a su hijo, cuyo llanto era cada vez más desconsolado. Lorena le mecía de manera exagerada, pero el niño parecía comprender lo que estaba sucediendo y su llanto era enérgico, tiñendo su piel de un tono rojo intenso.

“¡Te he dicho que lo calles de una vez!, ¿es que no me oyes? Me está poniendo nervioso”, insistió el ladrón, acercándose rápidamente a ella.

Y en un fugaz movimiento de menos de dos segundos, se quitó el pasamontaña, se lo puso en la cabeza al pequeño, y le disparó, volviendo la cabeza hacia el otro lado. La sangre comenzó a teñir su trajecito azul cielo. La piel de sus pequeños brazos se volvió lívida, y sintió cómo la cabeza, que aún no era capaz de sostener por sí solo, colgaba ahora sobre sus brazos cubierta con aquel gorro de lana negra.

El sonido de aquella bala sembró el pánico y el más absoluto desconcierto. El grito fue generalizado, todos los ocupantes del banco sin excepción se llevaron las manos a los oídos, a la cabeza... No podían creer lo que acababa de suceder.

Lorena tragó saliva mientras recordaba aquel momento. Todos los instantes vividos ante la incubadora de su pequeño eran insignificantes frente a lo que le tocó vivir en aquellos segundos. La incertidumbre de saber si su pequeño saldría adelante con ochocientos gramos de peso, la ansiedad que le producía cada retroceso en la evolución de su hijo, el miedo a las secuelas... eran acontecimientos nimios comparados con lo que le quedaba por vivir.

Lo que sucedió después era incapaz de recordarlo. Su psiquiatra lo justificaba como una “amnesia disociativa”, un proceso natural que le ocurre a muchas personas que viven un acontecimiento traumático o estresante.

Recordando cada segundo de aquel día, llegó a la comisaría. Las piernas le temblaban y sentía que a duras penas sostenían su cuerpo. Notaba las gotas de sudor recorriendo su espalda, y la frialdad de las manos sosteniendo el carro. Cuando cruzó

la puerta, se le antojaba que todos los presentes podían escuchar los latidos de su corazón, que de tan rápido que bombeaba le provocaba incluso dolor en el pecho. Pudo ver a su abogado leyendo el periódico, ajeno a su llegada.

“¿Se encuentra bien?”, le preguntó un hombre uniformado mientras se acercaba a ella para sostener su brazo.

“Sí, solo necesito un momento”.

Se sentó e intentó tranquilizarse. Repasó mentalmente cada paso que tenía que dar, escuchando en su mente la voz de su psiquiatra. Cogió aire profundamente por la nariz y lo soltó por la boca, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada ligeramente hacia atrás. No parecía suficiente. Le costaba mantener la calma y sintió que la situación le estaba superando. Sacó de su bolso una bolsa de papel, y comenzó a respirar con ella apoyada en los labios. Repitió el proceso una y otra vez hasta que notó cómo su ritmo cardíaco se normalizaba y el temblor se mitigaba poco a poco.

“No hay prisa, lo haremos cuando esté lista”, le decía su abogado en voz baja.

“Quiero hacerlo ahora mismo”, respondió con severidad, mientras doblaba la bolsa de papel.

La guardó de nuevo en su bolso y cerró la cremallera, intentando controlar el temblor de sus manos. Cogió al niño en su regazo y se dispuso a acompañar a su abogado junto a dos policías, que caminaban despacio hacia una sala al final del pasillo.

“Se lo pregunto una vez más”, dijo el policía. “¿Está segura de que quiere hacerlo?”

“Totalmente”, aseveró.

“¿No hay nadie que pueda quedarse con el bebé? Esto puede resultar muy duro para usted, no quisiera que le pasase nada al pequeño”.

“No se preocupe, señor. Me sentiré mucho más tranquila si puedo sentir cerca a mi hijo. Tranquilo, me he preparado muy bien para este momento”.

“De acuerdo, entonces. Pero si en algún momento nota que no puede continuar, lo detenemos inmediatamente”.

Ella asintió con los dientes apretados, mientras seguía caminando al lado de los dos hombres.

Tras la puerta, todo era oscuridad. Cinco sillas negras de plástico se situaban frente a un cristal, una junto a la otra. No alcanzaba a ver nada más allí dentro.

“Tome asiento, por favor”, le inquirió uno de los policías.

“Cuando esté preparada, comenzamos”, dijo el otro.

“Ya le he dicho que estoy lista”.

Uno de los policías se sentó a un lado, y su abogado, al otro. El segundo policía se mantuvo de pie, parecía que sería quien dirigiría el procedimiento. Pulsó un botón y una luz se encendió tras los cristales.

Lorena tomó oxígeno y lo mantuvo en sus pulmones mucho más tiempo del que podía soportar. Un pequeño mareo desenfocó su visión y la obligó a soltar el aire de forma abrupta.

“Tómese su tiempo”, escuchó. Sintió cómo su abogado la sostenía del brazo.

Miró hacia su hijo y de nuevo al frente, intentando contener el llanto. Allí estaba él, con el mismo chándal gris de aquel día salpicado de sangre, con la misma barba corta y las mismas patillas anchas. Con el ceño fruncido y la mirada penetrante de ojos verdes. No había duda.

“¿Puedo verles de perfil, por favor?” imploró.

“Por supuesto”.

El policía dio la orden a través de un interfono, e inmediatamente los cuatro hombres se giraron hacia su lado derecho.

La prominencia de la mandíbula de aquel acusado se movía, y Lorena presentía que estaba apretando los dientes, sabiéndose descubierto.

“¿Desea verles el otro perfil?”, preguntó.

“No es necesario, es suficiente”, acató ella.

“¿Está segura?”

“Nunca he estado más segura de algo en toda mi vida”.

“Entonces, adelante, díganos quién es”.

“El segundo por la izquierda, el de la sudadera roja y pantalón negro”.

“El segundo por la izquierda, un paso adelante”, decretó el policía.

El hombre se acercó al cristal

“Sí, es él”.

“De acuerdo, entonces es todo. Puede abandonar la sala”.

Se levantó sin retirar la mirada del cristal. Pero no miraba al hombre que había dado un paso al frente. Su mirada estaba clavada en aquellos ojos verdes que observaban desde la fila de atrás. Unos ojos imposibles de olvidar. Le parecía increíble estar a tan solo unos centímetros de la persona con la que había soñado cada noche durante las últimas quince.

Al volver a la sala principal, tuvo que firmar un par de documentos antes de poder abandonar la comisaría. En ellos hacía el juramento de que lo que había declarado era real, que había dicho la verdad y que no pretendía obstaculizar a la justicia. Con la vista nublada por la rabia, hizo un garabato que poco se parecía a su firma habitual. Acompañada de su huella digital, no había duda de que era ella quien había reconocido al hombre.

Cuando salió a la calle, el sol brillaba en el cielo más de lo que lo había hecho en los últimos días. Se sintió aliviada, al fin iba a hacerse justicia.

Decidió que tomaría un café en el bar de enfrente de la comisaría. Así que acomodó el carrito junto a su silla y se colocó frente a la ventana, sin retirar la vista del edificio de enfrente.

“¿Se le ofrece algo más, señora?”, le preguntó la camarera.

Miró su reloj. Llevaba allí sentada más de dos horas.

“No, solo la cuenta, por favor”.

Pero no le dio tiempo a pagarla. Por la puerta de la comisaría salía la razón de todas sus desgracias. Ya no llevaba el chándal gris, sino unos vaqueros y una chaqueta de cuero. Salió corriendo, ahogada por la ansiedad, sin darse ni siquiera cuenta de que dejaba en la cafetería el carrito con el bebé.

“¡Señora! ¡Señora! ¡Oiga!”

Pero Lorena no escuchaba nada. Su cuerpo, su alma y su mente se dedicaban por completo a la tarea con la que había fantaseado en mil ocasiones.

Cuando el hombre dobló la esquina, comenzó a seguirle a una distancia prudencial. Se metió la mano en el bolsillo derecho, palpando el arma que le había sustraído con delicadeza al policía sentado a su lado en la rueda de reconocimiento, aprovechándose de la sensación de lástima que había sembrado en él. Acarició el gatillo con una extraña sensación de felicidad.

Mientras, en un bar cerca de allí, lo que menos importante parecía era el hecho de

que una clienta se hubiese ido sin pagar. Era algo que ocurría a menudo. Lo más curioso era la forma en la que la clienta había abandonado el lugar, dejando allí incluso a su propio hijo.

Tras unos segundos, una camarera descubría horrorizada cómo aquel bebé vestido con un traje azul cielo, aquel que la mujer había arrullado y al que había ofrecido el pecho durante horas, no era sino un muñeco de vinilo de aspecto muy real, incluso hubiese jurado que desprendía cierto aroma a perfume de bebé. Empujó el carrito suavemente hasta la cocina para que no estorbase a los clientes, con la misma suavidad con la que hubiese movido a un bebé de carne y hueso.

Se quedó observando largo rato al juguete. Sus ojos cerrados y su pequeña boca entreabierta le provocaban mil preguntas, pero la principal de todas era cómo una persona puede llegar a una situación tan horrible, qué habían tenido que ver aquellos ojos, qué habían tenido que oír aquellos oídos...

Los suyos, en aquel momento, escucharon algo parecido a un disparo. El muñeco se le cayó de entre las manos en el mismo momento en que su grito llenó por completo la estancia.

Mientras se agachaba a recogerlo, hubiese jurado que un chorro de sangre resbalaba por su fría e inerte cabeza.

FIN

